

XXXV° COLOQUIO DESCARTES

EL ULTIMÍSIMO FREUD. MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO

Verdad y saber en Freud después de 1920

“Se me va el ánimo de presentarme ante mis prójimos como un profeta, y me someto a su reproche de que no sé aportarles ningún consuelo -pues eso es lo que en el fondo piden todos, el revolucionario más cerril con no menor pasión que el más cabal beato.”*

Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, 1929.-

En los textos que corresponden al último período de la reflexión freudiana, esto es, a partir de 1920, podemos apreciar que sus consideraciones van en el sentido de reexaminar las manifestaciones sintomáticas que suscitan problemas de resolución en el tratamiento analítico. Lo que Freud descubre en *Más allá del principio del placer* (1920) es la compulsión de repetición, que obliga a un replanteamiento de los obstáculos y límites del análisis. Cuando en el cap. V de dicho texto refiera los iniciales procesos que implican la tarea para el aparato psíquico de ligar la energía para evitar el displacer (procesos primario y secundario), Freud afirma: “Las exteriorizaciones de una compulsión de repetición que hemos descrito en las tempranas actividades de la vida anímica infantil, así como en las vivencias de la cura psicoanalítica, muestran en alto grado un carácter pulsional y, donde se encuentran en oposición al principio de placer, demoníaco. En el caso del juego infantil creemos advertir que el niño repite la vivencia displacentera además, porque mediante su actividad consigue un dominio sobre la impresión intensa mucho más radical que el que era posible en el vivenciar meramente pasivo. Cada nueva repetición parece perfeccionar ese dominio procurado; pero ni aún la repetición de vivencias placenteras será bastante para el niño, quien se mostrará inflexible exigiendo la identidad de la impresión. (...) es palmario que la repetición, el reencuentro de la identidad, constituye por sí misma una fuente de placer. En el analizado, en cambio, resulta claro que su compulsión a repetir en la transferencia los episodios de la vida infantil de su vida se sitúa, en todos los sentidos, más allá del principio del placer. El enfermo se comporta en esto de una manera completamente infantil, y así nos enseña que las huellas mnémicas reprimidas de sus vivencias del tiempo primordial no subsisten en su interior en el estado ligado, y aun, en cierta medida, son insusceptibles del proceso secundario. A esta condición de no ligadas deben también su capacidad de formar, adhiriéndose a restos diurnos, una fantasía de deseo que halla figuración en el sueño. Muy a menudo esta misma compulsión de repetición es para nosotros un estorbo terapéutico cuando, al final de la cura, nos empeñamos en conseguir el completo desasimilamiento del enfermo [del médico]; y cabe suponer que la oscura angustia de los no familiarizados con el análisis, que temen despertar algo que en su opinión sería mejor dejar dormido, es en el fondo miedo a la emergencia de esta compulsión demoníaca.”

En el párrafo siguiente Freud definirá la pulsión en estos términos: “Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica.” [El subrayado es de Freud]. Seguirá preguntándose acerca de la manera en que el aparato psíquico procesa estas ligazones al servicio del principio del placer. Una diferencia entre las pulsiones de vida y las de muerte es que las primeras son “revoltosas, sin cesar aportan tensiones cuya tramitación es sentida como placer, mientras que las pulsiones de muerte parecen realizar su trabajo en forma inadvertida. [Lo que luego será llamado “el silencio de las pulsiones de muerte”] El principio de placer parece estar directamente al servicio de las pulsiones de muerte -continúa; es verdad que también monta guardia

con relación a los estímulos de afuera, apreciados como peligros por las dos clases de pulsiones, pero muy en particular en relación a los incrementos de estímulo procedentes de adentro, que apuntan a dificultar la tarea de vivir.”

Estas consideraciones de Freud retoman lo expresado en su artículo de 1912 “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, donde lo principal, como acentúa Miller en su curso *Causa y consentimiento* (1988), es el hecho de que el principio de realidad, que es el que sustituye al principio de placer, no implica una sustitución sin más, sino que es la manera que tiene el aparato psíquico de asegurar la satisfacción pulsional, si bien diferida en el tiempo, a partir de ciertos rodeos: esto supone que la realidad será abordada a partir de la configuración fantasmática del sujeto. (Recordemos aquí el esquema lacaniano del circuito pulsional en el *Seminario 11* y que en varias ocasiones retomó Germán García en sus cursos y también en *La otra psicopatología*, en el cap. dedicado a “Pulsiones y destinos de pulsión”)

Cuando en 1929 Freud redacte *El malestar en la cultura* estará muy imbuido de su texto anterior *El porvenir de una ilusión* (1927), y puesto que la pregunta que lo guía es el fundamento de la vida humana, su función, la religión será una referencia ineludible. Si la vida no tiene un sentido determinado, la religión será la encargada de dárselo. “La vida, -dice en el cap. II, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes.” Es muy instructiva la manera que tiene Freud de delinear la función de los anestésicos sociales, llámense alcohol, drogas e incluso arte o religión: “Las satisfacciones sustitutivas, como las que ofrece el arte, son ilusiones respecto de la realidad, mas no por ello menos efectivas psíquicamente, merced al papel que la fantasía se ha conquistado en la vida anímica. Las sustancias embriagadoras influyen sobre nuestro cuerpo, alteran su quimismo. No es sencillo indicar el puesto de la religión dentro de esta serie.” Más adelante insistirá: “¿Qué es lo que los seres humanos mismos dejan discernir por su conducta, como fin y propósito de su vida? ¿Qué es lo que exigen de ella, lo que en ella quieren alcanzar? No es difícil acertar con la respuesta: quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla. Esta aspiración tiene dos costados: una meta positiva y una negativa: por una parte quieren la ausencia de dolor y de displacer; por la otra, vivenciar intensos sentimientos de placer. (...) Lo que en sentido estricto se llama “felicidad” corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas, con alto grado de estasis, y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico. Si una situación anhelada por el principio de placer perdura, en ningún caso se obtiene más que un sentimiento de ligero bienestar; estamos organizados de tal modo que sólo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado.” Aquí Freud agrega en nota al pie una referencia a su poeta predilecto: “Goethe llega a advertirnos que “nada es más difícil de soportar que una sucesión de días hermosos.” Tal vez sea una exageración”, acota Freud.

Continúa entonces: “Ya nuestra constitución limita, pues, nuestras posibilidades de dicha. Mucho menos difícil es que lleguemos a experimentar desdicha. Desde tres lados amenaza el sufrimiento: desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos.”

Freud distinguirá entre “procedimientos extremos y atemperados” cuando deslinde la manera que tienen los seres humanos de huir del dolor y las desdichas a que los somete el mundo. Entre los primeros ubicará el aislamiento, la huida de la comunidad humana, los eremitas. “Empero, -afirma, los métodos más interesantes de precaver el sufrimiento son los que procuran influir sobre el propio organismo. (...) El más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación.” Cada analista habrá corroborado esta idea en la experiencia clínica, dado lo frecuente de estos fenómenos. Al respecto, menciono como ejemplo una mujer que no halla mejor modo en su vida de lidiar con los hombres que “fumarse un porro”: no se trata de liberar la inhibición, como podría pensarse en primera instancia, sino de encontrar una manera de “fumárselos” para terminar en la cama con ellos.

Volviendo a Freud, es muy sugestivo que a continuación de esa alusión a la intoxicación, asemeje a ella la forma de la manía: “[estado] en el que se produce esa conducta como de alguien embriagado sin que se haya introducido el tóxico embriagador. (...) Lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria es apreciado como un bien tan grande que individuos y aun pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal. No sólo se les debe la ganancia inmediata de placer -continúa Freud, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con los “quitapenas” es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación. Es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino.” [Valga el ejemplo de países tan disímiles como Japón y Groenlandia, donde sus habitantes, por diferentes razones, tienen al alcohol como uno de los modos de regocijo y anestesia]

Freud hará alusión a la sabiduría oriental en lo que llama “matar las pulsiones”, haciendo referencia al yoga y las prácticas de contemplación. También se referirá irónicamente a su amigo Romain Rolland, quien parece haber experimentado el sentimiento “oceánico”.

El desplazamiento libidinal respecto de las metas pulsionales será otro de los modos aludidos para evitar el sufrimiento que acarrearía la satisfacción directa de las mismas: la sublimación. Con la salvedad de que no todo el género humano es capaz de utilizar esta vía de modo exitoso: sólo es dable para algunos, que poseen dotes y condiciones para ello. Al efecto pacificador y satisfactorio del arte lo llamará “débil narcosis”.

Freud intercambió varias cartas con Marie Bonaparte respecto de estos asuntos en sus años tardíos, donde vemos reafirmadas ciertas consideraciones con su característico humor e ironía lapidaria: “Cada vez que uno se pregunta por el sentido o el valor de la vida, siente náuseas, ya que objetivamente no existen. Al plantear la pregunta sólo está admitiendo un monto de libido insatisfecha, y entonces tiene que suceder otra cosa, una especie de fermentación, para llevarlo a uno a la aflicción y la depresión. Estas explicaciones mías no deben entenderse, por supuesto, en gran escala, tal vez porque yo soy demasiado pesimista. Se me ocurre en este momento un anuncio, que en mi opinión sería la propaganda norteamericana más audaz y más exitosa que conozco: “¿Para qué vivir, si puede ser enterrado por diez dólares?””. Escribe esta misiva en agosto de 1937. [Ernest Jones, *Vida y obra de Sigmund Freud*, Apéndice]

En el cap. V de *El malestar...* Freud afirma: “El trabajo psicoanalítico nos ha enseñado que son justamente las frustraciones de la vida sexual lo que los individuos llamados neuróticos no toleran. Ellos se crean, en sus síntomas, satisfacciones sustitutivas, que, empero, les hacen padecer por sí mismas o devienen fuentes de sufrimientos por depararles dificultades con el medio circundante y la sociedad.” Cita que nos lleva a *Inhibición, síntoma y angustia* (1925) en la lectura que realiza Miller de dicho texto en su curso *El partenaire-síntoma*, de 1997.

Refiriéndose a la noción de *verdad* en Lacan, dirá que quien primero hace notar en Marx la noción de plus-valía como síntoma es su amigo Althusser. De él tomará entonces la noción de síntoma freudiano en tanto verdad. Sabemos que ésto corresponde al primer período lacaniano, donde la palabra y lo simbólico son lo fundamental en su lectura de Freud. Ejemplo de ello es el *Escrito* “Intervención sobre la transferencia”, donde el análisis del caso Dora se realiza en términos de inversiones dialécticas del discurso del sujeto, cuyo fin es develar una verdad. Para Lacan en este primer tiempo se trata de liberar cierta verdad: el síntoma pugna en él para hallar el camino al reconocimiento de la verdad atrapada en la historia del sujeto. Y si la verdad está atrapada es porque el sujeto ignora lo que en él habla. De aquí los desarrollos que Lacan toma de Nicolás de Cusa y su *Docta ignorancia*.

Miller afirma: “Puede decirse que en psicoanálisis la verdad se presenta siempre bajo la forma de síntoma, es decir, como un elemento que perturba el saber. (...) Es necesario que tengamos el concepto de saber en lo real para que el síntoma freudiano tenga su valor, precisamente su valor de verdad, o su ser de verdad. Por esto el síntoma aparece como lo que hay que suprimir, o cambiar, o rectificar, lo que hay que hacer desaparecer en tanto elemento que perturba, y a este respecto es la consecuencia misma del concepto de represión y su correlato, el retorno de lo reprimido. (...)”

Sabemos que una vez que Freud constata que los síntomas no desaparecen con la sola interpretación (...) se lanzó a la creación de diversos conceptos: la reacción terapéutica negativa, el masoquismo, primordial, la resistencia del ello, la pulsión de muerte. (...) Se trata de que el síntoma no es una disfunción, sino que es un funcionamiento [Recordemos que en los desarrollos de *Inhibición...* Freud detalla todas las formas sintomáticas que obstaculizan el funcionamiento normal del sujeto]. Es decir que no se opone al funcionamiento, -dice Miller, del campo de lo real, no se opone al funcionamiento del saber en lo real, sino que participa de ese funcionamiento y por eso precisamente es del mismo orden que lo real. (...) El síntoma es un aparato de suplencia que permite que el funcionamiento siga su curso. Esta perspectiva puede sostenerse en *Inhibición...* precisamente cuando Freud describe la incorporación del síntoma en el yo, en particular en la neurosis obsesiva. (...) [ese texto freudiano] es la clave de la última enseñanza de Lacan y es ya la lectura que sostiene el *Seminario Aún*. Lo que Freud no sólo destaca sino que además construye alrededor de esto es que el sujeto en el síntoma continúa gozando por otros medios, continúa gozando a través del síntoma, que el síntoma es la continuación del goce por otros medios. Los síntomas se prestan, como lo dice Freud, para expresar satisfacciones. En este caso entonces, no se trata ya del síntoma como verdad, se trata en efecto del síntoma como goce.”

Y va a diferenciar que así como en la primera enseñanza de Lacan la clave del síntoma en el sujeto es la castración; por el contrario, en la última enseñanza, que se apoya en *Inhibición...* “el sesgo radical del sujeto por donde tiene lugar el advenimiento del síntoma no es la castración sino el goce. Lo que se realiza en la castración no es la anulación del goce, sino por el contrario el plus de goce. Toda la última enseñanza de Lacan, que empieza en *Aún*, pasa por pensar el síntoma menos a partir de *s* (S tachado) que a partir del objeto *a*, a partir del plus de gozar. (...) Ese síntoma entonces no es perturbador, no se lo puede presentar como la verdad que viene a sacudir el bello orden del saber. Designa por el contrario una manera de gozar, un modo de gozar que en todos los casos no es el bueno y éste es el pasaje al límite del último Lacan. (...) El ser hablante goza de modo sintomático.”

De aquí Miller tomará la idea de que dado que no hay relación sexual, no hay manera de que haya significativo que indique una relación entre los hombres y las mujeres, “el objeto *a* ocupa el lugar del partenaire que falta. (...) Lacan agrega que como tal este advenimiento del síntoma toma su punto de partida en el macho, en la medida en que del lado macho se pone el órgano en la balanza. A partir del momento en que Lacan agrega esto no hay que forzar casi nada para decir que éste es el matema del partenaire-síntoma. Se trata exactamente de lo que traduce este venir el objeto *a* del lado macho al lugar del partenaire que falta. Lacan, algunos años más tarde, lo enriquecerá diciendo que una mujer no sólo se inscribe como objeto *a* para un hombre, sino precisamente como síntoma.” El síntoma vendría a ser como la envoltura del objeto *a*.

En las conferencias que se enmarcan en torno al *Seminario O peor...* de 1971, Lacan lo dice de este modo: “El saber no sabido del que se trata en psicoanálisis es un saber que efectivamente se articula, que está estructurado como un lenguaje. (...) La palabra define el lugar de aquéllo que se llama la verdad [aunque] su estructura es de ficción, es decir, también de engaño. (...) sólo se dice a medias. (...) No hay una sola interpretación que no concierna, en lo que uds. escuchan, al lazo que se manifiesta entre la palabra y el goce. (...) El beneficio, ya sea primario o secundario, es un beneficio de goce. (...) ¿Dónde yace el goce? ¿Qué hace falta ahí? Un cuerpo. Para gozar hace falta un cuerpo. Hasta aquéllos que hacen una promesa de Beatitudes eternas sólo pueden hacerlo suponiendo que el cuerpo es su soporte. Glorioso o no, ahí debe estar. Hace falta un cuerpo. ¿Por qué? Porque la dimensión del goce para el cuerpo es la dimensión del descenso hacia la muerte. Por otra parte, es en esto en lo que el principio del placer anuncia que desde aquel momento Freud sabía bien lo que decía. (...) En verdad, es el principio de displacer, a punto tal que al enunciarlo, Freud derrapa a cada paso. Nos dice: ¿en qué consiste el placer? Y responde: en bajar la tensión. Pero, al contrario, ¿por qué se goza si no es porque se produce una tensión? Este es el principio mismo de todo lo que tiene que ver con el goce. Por eso, mientras recorre el camino de *Jenseits des Lustprinzips*, del *Más allá del principio del placer*, ¿qué nos enuncia Freud en *El malestar en la cultura* si no es que, muy probablemente, más allá de la llamada represión social, debe haber una

represión, lo escribe textualmente, orgánica? (...) La dimensión en la cual el ser hablante se distingue del animal es ciertamente que hay en él ese hiato por donde se perdería, por donde le estaría permitido operar sobre el o los cuerpos, sea el suyo o el de sus semejantes, o el de los animales que lo rodean, para hacer surgir, en su propio beneficio o en el de ellos, lo que se llama, para hablar con propiedad, el goce.”

Y puesto que se trata de operar sobre el cuerpo del otro, a continuación mencionará Lacan sus desarrollos relativos a “Kant con Sade”, de los cuales dirá que no han sido muy tenidos en cuenta. Sabemos que Freud también menciona a Kant en “El problema económico del masoquismo”, para situar lo que en el hombre no puede regirse por la máxima universal, puesto que hay algo en él que lo lleva más allá y lo hace padecer. En ese texto Freud retoma los desarrollos principales de *El yo y el ello*.

Para finalizar, recuerdo que cuando Lacan en su último período vuelva sobre las consideraciones del Nombre del Padre, por un lado pluralizará el singular convirtiéndolo en los Nombres del Padre, o lo que puede ocupar su lugar para hacer suplencia. Pero por otro lado cuestionará el mito de Edipo convirtiéndolo en “un sueño de Freud”.

Considero muy extraño y digno de reflexión a la vez lo que dice de la fobia en esa única clase dedicada a *De los nombres del padre*, finales de 1963: “No es verdad que en la fobia el animal aparezca como metáfora del padre. La fobia es sólo el retorno de algo anterior, según decía Freud refiriéndose al tótem. El tótem significa que el hombre, que no tiene motivos para estar tan orgulloso por ser el último de la creación, ése que se hizo con barro, lo que no se dice de ningún otro ser, se buscará ancestros honorables.” Lacan hace un largo *excursus*, como también lo hace en el *Seminario 10*, respecto del sacrificio de Abraham y la sustitución de su hijo por el carnero. “El carnero con los cuernos enmarañados se precipita en un seto que lo detiene. (...) El animal se precipita en el lugar del sacrificio, y conviene insistir en éso sobre lo que viene ávidamente a saciarse, cuando ése cuyo Nombre es impronunciable lo designa a él para que Abraham lo sacrifique en el lugar de su hijo. Este carnero es su ancestro epónimo*, el dios de su raza. Aquí se marca una división tajante entre el goce de Dios y lo que en esta tradición se presentifica como su deseo. Aquéllo cuya caída se intenta provocar es el origen biológico. Esa es la clave del misterio, donde se lee la aversión judía respecto de lo que existe en otra parte. El hebreo odia la práctica de ritos metafísico-sexuales que en la fiesta unen a la comunidad con el goce de Dios. Destaca, por el contrario, la hiancia que separa el goce del deseo.” Aludirá a continuación a los ritos de circuncisión y la función de objeto *a* de ese pedazo de piel cortada (recordemos también los comentarios relativos al *Mercader de Venecia* de Shakespeare en el *Seminario 10*).

¿El animal de la fobia sería entonces una metáfora del sujeto, no del padre? ¿Y se trata de que el goce del Padre esté separado de su deseo, el del Padre, para poder hacer de él algo utilizable?

Quizá se pueda pensar, como acota Miller en el prefacio a esa edición, que “el rebajamiento del Nombre del Padre a la categoría de síntoma y utensilio” va de la mano con la “verdadera razón” que lo decidió a juntar esos dos textos: “hacer hincapié en la indicación que dio Lacan en su última enseñanza, mezcla de humorada y sentencia, bien en su estilo de medio-decir, según la cual lo simbólico, lo imaginario y lo real son los verdaderos Nombres del Padre.”

Liliana Goya.
Febrero de 2022.-

Notas:

* cerril: que no está domesticado o es difícil de domesticar.

* epónimo: persona, lugar o cosa que da nombre a algo, especialmente un lugar geográfico o una época, honrándolo.